

LA VIOLENCIA Y EL ODIOS Y SU PAPEL EN LA POLITICA DEL MUNDO ACTUAL

Vivimos en un mundo habitado desde siempre por la violencia, como nos lo prueba la historia de la Humanidad y la sociedad actual. Pero hace cincuenta años moría un hombre cada minuto, víctima de la violencia de sus semejantes. Hoy muere un hombre cada veinte segundos por la misma razón. Hay que determinar las causas que provocan la violencia humana. ¿Cuáles son las causas del odio y la violencia entre los hombres, los grupos, las clases, las razas y los pueblos? ¿Cuáles son los efectos de esas rupturas violentas? Conocidas las causas y los efectos, ¿cuáles son los remedios eficaces para evitarlos? ¿Puede condenarse por principio la violencia?

He aquí una serie de interrogantes de la mayor importancia y actualidad que están esperando ansiadas y adecuadas respuestas que pongan fin a tanto desorden y demuestren que «lo natural» en el hombre es la sociabilidad y una pacífica convivencia.

Esto pretende investigar el reciente libro *Leben mit dem Hass 21 Gespräche* (1), en el que su autor, Alfred A. Häslér sostiene veintiuna conversaciones-entrevistas con personas procedentes de las más variadas posiciones en el campo ideológico, político, racial y religioso. Así: teólogos como el cardenal Köning y H. Gollwitzer; políticos y hombres de Estado como Leopold S. Senghor y C. Schmid; historiadores como Friedrich Heer y Herbert Luthy; críticos de la cultura como F. Marcuse y A. Mitscherlich; dirigentes radicales como Wolfgang Lefevre; teóricos marxistas como Ernst Bloch y Ernst Fischer, y escritores como Max Frisch.

Las contestaciones son de lo más variadas porque de las procedencias ideológicas más diversas son sus autores. Pero es consolador —y no podía ser de otro modo— que un denominador común suele unirlos: un repudio del odio, un deseo de convivencia pacífica por parte de los individuos que debe extenderse a los grupos y a las razas (no en todos está presente esto). Y tiene

(1) *El odio en el mundo actual*, Alianza Editorial. Madrid, 1973.

la más sublime expresión en el concepto cristiano del amor a los enemigos, según subraya el cardenal Franz König, que es uno de los interrogados.

Sin embargo, lamentable es reconocerlo, existe odio y violencia entre los hombres, y lo que es peor aún, predicadores del odio y de la violencia que propugnan la revolución permanente, y existen realizadores violentos de esas ideologías revolucionarias. Pero el odio y la violencia en la edad de la bomba de hidrógeno y de la conquista del espacio no son medios adecuados para construir una sociedad más humana en los Estados industrializados y desarrollados. Frente a los predicadores de la violencia se encuentran los representantes de la razón, incomprendidos y escarnecidos muchas veces. Quien sigue moviéndose según las categorías odio y violencia se mueve entre las mallas de la misma sociedad que quisiera transformar.

Por eso, la acción no violenta, la lucha no violenta contra la mentira, la injusticia, la opresión y la explotación es una alternativa verdadera, que no tiene nada de fracasada, contra la historia vivida hasta el presente, que ha sido una historia de odio y de violencia. La lucha no violenta no es un invento de nuestros días. «Pero nunca ha sido tan actual, tan realista, tan posible y tan necesaria como hoy.» Tiene su origen en la conciencia de una superioridad intelectual y en el convencimiento de que con métodos bárbaros no se puede dar forma a una sociedad más humana. Esa lucha «es pregón de una época nueva, posible y humana en la que los conflictos no se resolverán con estacas y bombas atómicas, sino por medios pacíficos a todos los niveles... Esa lucha anuncia modos de comportamiento entre personas que han llegado a ser verdaderas personas y que, por tanto, ya no piensan en aniquilarse mutuamente... La lucha no violenta es hasta ahora la forma más sublime, más pura y, a la larga, la más eficaz de todas las revoluciones. No sólo transforma estructuras sociales deshumanizadas, sino también a los hombres. Esa revolución no piensa ya según las estrechas nociones de raza, clase, nación y religión; piensa global y razonablemente. Y actúa como piensa.» (*Prefacio.*)

Los diálogos de Härler con los veintiún interlocutores sobre el tema «El odio en el mundo contemporáneo» son un intento de contribución a estos buenos deseos del autor, que va formulando sus preguntas al modo socrático para escuchar a los interrogados sus puntos de vista. «No habría en absoluto que superar el odio —dice Ernst Bloch— habría que eliminarle los motivos... cuando el sistema de producción tecnocrático nos coloque en una situación en la que cada uno produzca según su capacidad y consuma según sus necesidades (lema capital del marxismo), entonces podrán extinguirse la violencia y la malicia de la competencia, porque no valdría la pena.» Y continúa E. Bloch: «Una vez establecidas las relaciones exteriores sobre bases humanas, la amabilidad, en lugar de ser considerada como mero adorno, me parece

a mí que también podría llegar a ser de provecho.» Desde su punto de vista marxista, el docto profesor de Tubinga va dando respuesta a las inteligentes y, sobre todo, valientes preguntas que sobre la marcha del diálogo le hace Häsler con argumentos *ad hominem* respecto a la responsabilidad de tantos errores «motivados precisamente por la ideología marxista misma». No siempre las contestaciones de Bloch pueden soslayar la contundencia de su interlocutor. Y nunca podrá el odio justificarse (aunque sí explicarse) por errores anteriores.

Sobre el alcance del odio social en los Estados Unidos es entrevistado el doctor Epstein, director nacional de la Liga contra la Difamación (que tiene por objeto el mejoramiento de las relaciones entre distintos grupos humanos), quien dice que los prejuicios contra los grupos raciales o políticos puede que estén muy difundidos, pero no dejan de ser una postura pasiva. Y «sólo el activismo lleva al odio». Hasta ahora el odio queda limitado a movimientos activistas, a los extremistas de los grupos raciales. Pero estos grupos raciales «no podemos calificarlos de grupos de odio propiamente dichos, más bien los llamaríamos irresponsables. No predicán el odio desenmascarado sino, ante todo, prejuicios; pero engendran odio en los extremistas rabiosos». Sólo una minoría de negros prendió fuego a las casas en 1967 y sólo unos pocos extremistas blancos pedían la revancha armada. Y los disturbios raciales del «cálido verano» tuvieron más de estallido de desesperación que de explosión de odio. Como tampoco es justo calificar exclusivamente de grupos de odio a los movimientos radicales del nacionalismo negro de distintos matices. Sus líderes ya no buscan la integración como los negros moderados, sino la identificación revolucionaria como raza negra. Es difícil establecer la frontera donde empieza el odio contra el hombre blanco. Los demagogos que gritan «el blanco es el enemigo» son, desde luego, predicadores del odio. El odio de esta clase es el que dificulta la colaboración entre los negros moderados, quizá el 90 por 100 de la población de color y los liberales blancos.

Para «reducir el odio en el mundo» (pregunta formulada) la respuesta —dice Epstein— es breve: «Tenemos que hacer en casa lo que predicamos en el mundo.»

Ernst Fischer, marxista austríaco, filósofo, escritor y político, enjuicia el papel que desempeña el odio en la política, y después de afirmar que «el odio en general es mal consejero, no sólo en política», admite que en ocasiones «hay un odio justificado», que nace de la ira provocada por la injusticia, la crueldad o el abuso del poder, y que detrás de ese odio se encuentra el amor dolorido del prójimo. Pero también «hay un odio que es ajeno al amor»; este odio es puramente negativo y sólo puede producir el mal.

El marxismo —dice Fischer— preconiza la *lucha* de clases, no el *odio* de

clases. La lucha lleva al odio, pero Marx no ha proclamado nunca el odio de clases. Reconoce, sin embargo, este autor, que hay un odio latente, sobre todo en el proletariado más miserable, del que es representante no el obrero con conciencia de clase sino el desclasado. Y «aunque no dejo de reconocer que el mismo Marx polemiza a veces con mucho odio y que lo mismo hizo Lenin, esto no constituye la esencia del marxismo, no es lo que sigue viviendo como marxismo». Por eso «afirmo que la política de gran potencia que hace la Unión Soviética contradice los principios del socialismo y que es una falacia identificar la jefatura de un partido, el que sea, con las ideas del socialismo».

Se trata —afirma con honradez Fischer, que ha rectificado muchas cosas— «del rostro humano del socialismo, rostro que se había borrado tras la máscara del poder, de los dogmas, del aparato». Sin embargo —dice— era, y es, aunque ausente, «la antítesis del rostro inhumano del capitalismo». Porque, según Fischer, en el mundo del capitalismo tardío, «la deshumanización constituye la esencia; en el del socialismo temprano es una deformación superable». Claro que lo que, «achuchado» a preguntas por Häsler, entiende Fischer por «rostro humano» del socialismo puede ser suscrito por cualquiera sin necesidad de adjetivarlo de «socialista»: esto es, la «transformación del hombre en un ser viviente humano, amable, capaz de compartir la vida con el prójimo». Porque —termina Fischer— «si este no fuera el sentido del socialismo, yo no sería socialista».

Para el escritor suizo Max Frisch existen causas que justifican el odio en el pasado y en el presente: «El odio de los oprimidos en el pasado, el presente y el futuro está justificado, es necesario», porque el odio es, en determinadas circunstancias, la única respuesta posible, es una fuerza impulsora de la Historia. La apelación al amor, y no digamos a la Humanidad, no ha derrocado ninguna tiranía. El odio colectivo es para muchos una especie de redención.»

Pero podrá ir desarraigándose el odio en el mundo en la medida en que se transforme el mundo, en que se intente desarraigar las causas más importantes del odio. Esto es —resume M. Frisch— «tenemos que organizar nuestro mundo de otra manera». Al odio no podemos suprimirlo del mundo con buenas intenciones. La tarea consistirá en impedir que el odio pueda servirse de la fuerza atómica, es decir, no dejar el poder en las manos de una persona de un clan, de un grupo o de una nación a las que pueda unificar el odio. «Lo razonable, nuestra única salvación, se encontraría en una institución política que reparta, internacionalice, expropie, desarme o democratice el poder, pero globalmente. Cuanto mayor sea la federación que detente el poder ejecutivo, tanto más heterogéneo será éste, y pensemos que la heterogeneidad aísla el odio.»

El odio —dice el profesor alemán Gollwitzer— es un fenómeno con el que nos enfrentamos continuamente, un fenómeno humano primigenio. Sin embargo, «en ninguna circunstancia está justificado el odio a las personas, siempre existe un odio justificado a las ideas o ideologías». Y contra los políticos y literatos que sostienen que sin encender la pasión del odio, las colectividades que luchan por su existencia no serían capaces de hacerse con la dureza y el espíritu de sacrificio necesarios para llegar a la victoria, Gollwitzer, por el contrario, afirma que «incluso en la *praxis* el odio es sólo una pseudojustificación de esos argumentos de los políticos y de la propaganda del odio». Para el odio colectivo, junto con esta justificación insostenible, «no puede haber derecho moral posible, significa siempre la odiosa disposición de matar a los inocentes junto a los culpables». Según este autor, «la postura del cristiano respecto al problema de la violencia es de rechazo». Sin embargo, «no puede decir que un movimiento de carácter social y revolucionario traicione sus fines cuando "admite" la violencia (que no es lo mismo que el odio) "como medio posible de lucha"». El problema no está en preguntarse si hay que afirmar o rechazar por principio la violencia, sino si quien por principio debe aborrecer la violencia (cristiano o socialista) puede aceptar la responsabilidad de no hacer uso de ella como recurso momentáneo en una situación determinada. «Lo que deberíamos preguntarnos es sólo qué podríamos hacer por la paz cada uno de nosotros como individuo y como componentes de grupos humanos.»

El internacionalista profesor Paul Guggenheim, miembro del Tribunal Permanente de La Haya, no quiere, prudentemente, arriesgar una definición general del odio, pero cuando corresponde a un fenómeno concreto cree que es relativamente fácil decir si se trata de odio o no. El odio —dice— es una pasión cuyo objeto es el daño premeditado de otros. Está relacionado con ciertas nociones fundamentales de la sociología como la «revancha». Es un fenómeno primario de una sociedad primitiva.

Para Guggenheim es un problema muy complejo cuya base histórica se encuentra al principio de su desarrollo en la postura política de las colectividades religiosas cristianas y no cristianas (sobre todo el desprecio para el judaísmo, al que siguieron períodos de tolerancia). Pero hasta convertirse en el odio del nacionalsocialismo hubieron de darse muchos fenómenos concomitantes de naturaleza muy distinta, por ejemplo, la situación económica reinante en Alemania y luego, por paradójico que suene, el sofocamiento de todo pensamiento religioso. «Creo que un laicismo extremo puede llevar fácilmente al nihilismo y al cinismo.» Todos estos componentes combinados al mismo tiempo en una situación histórica única y peculiar «llevaron al nacionalsocialismo» que concentró su odio —según Guggenheim— contra el judaísmo apro-

vechando que éste era, en parte, odiado, en parte, no amado, y quizá demasiado influyente en la sociedad.

Se fija luego el autor en el odio entre árabes y judíos atribuyéndolo, principalmente, a que los judíos vivían en los países árabes como una población despreciada, y luego a que los árabes fueron desalojados de la Palestina occidental y, además, a que los judíos «superaban a los árabes en cultura, laboriosidad, capacidad militar y otras muchas cosas», lo que hacía que los árabes «compensasen su inferioridad con apasionados sentimientos de odio». Por eso, cree Guggenheim que la comprensión será más fácil «cuando suba el nivel intelectual y de higiene de los árabes, pues sin tolerancia mutua veo muy difícil que las cosas se arreglen en el Cercano Oriente, aunque los israelíes se queden con las prendas conquistadas».

Por lo que se refiere al odio de clases, éste fue una fuente de energía que la clase obrera aprovechó para transformar su desfavorable condición social. Pero «si el odio de clases siguiera siendo la base de acción del proletariado sería del todo imposible su colaboración social y política en los modernos Estados industriales».

En el terreno internacional afirma Guggenheim su creencia de que la estructura federal y descentralizada de Suiza —«Cámara de Compensación Mundial»— es un buen ejemplo para quien busca medios de desarraigar el odio. Suiza «siempre ha podido, puede y podrá, aportar una contribución importante, en especial a las iniciativas impulsadas por intereses humanitarios y colectivos», no sólo mediante una política pasiva de neutralidad sino con una política activa de solidaridad y humanidad.

Como medidas nacionales o internacionales contra la propagación del odio, el profesor Guggenheim estima que las medidas legales, nacionales o internacionales, son inútiles, pero son secundarias ya que apelan a la disuasión y al miedo al castigo, es decir, a algo que humanamente no es muy elevado. Por el contrario, considera que los esfuerzos que se están realizando por acercar entre sí las grandes religiones y las Iglesias «es una de las contribuciones más eficaces al desarraigo del odio». Si se quiere retornar a los fundamentos de la Humanidad, si se quiere renovar la estructura de la sociedad, desarraigar los instintos de revancha y egoísmo, «hay que echar mano de los principios de todas las grandes religiones, admitiéndolos no sólo como principios ideológicos, sino dándoles realidad, de forma que los grandes ideales de todas las religiones, particularmente el del amor, lleven a la comprensión entre los hombres».

Por otra parte, los medios modernos de comunicación, y que ponen en contacto a los hombres de distintas religiones, razas y lenguas, facilitan, naturalmente, el conocimiento mutuo y el diálogo. En el mundo entero se habla

del odio, descubriendo así su absurdo. Esto puede contribuir a crear una atmósfera de tolerancia y de respeto mutuo.

No es poco, añadimos nosotros, porque de esta actitud pasiva de mera tolerancia y respeto, no es difícil llegar a una colaboración activa de auténtica convivencia que supone aunamiento de esfuerzos en pro de un fin común: en este caso la paz entre los hombres.

David Ben-Gurión, una de las personalidades más acusadas, de más tesón y de mayor lucidez entre los pioneros judíos de Palestina, puede opinar, con conocimiento de causa, sobre el problema de la violencia y el odio en el mundo actual. El mismo lo dice: «Pertenece a un pueblo que ha sufrido, y sigue sufriendo, bajo el odio quizá como ningún otro pueblo. Esclavizados en Egipto, fuimos víctimas del odio; nos odiaron porque afirmábamos que sólo hay un Dios. Los griegos nos calificaron de pueblo ateo porque no vieron ídolos en las ciudades judías. Los romanos nos insultaban llamándonos holgazanes, porque cada siete días descansábamos uno. Y lo que los cristianos han dicho de nosotros desde el siglo IV al XVIII —y lo que todavía muchos siguen hoy manteniendo— es cosa que no necesito mencionar.»

Sin embargo, Ben-Gurión es un hombre moderado al que no ciega la pasión en el enjuiciamiento que hace de la situación actual al contestar las escogidas preguntas que le hace A. Häsier. Sus vecinos árabes —dice— siempre han querido aniquilarlos. No obstante, él en nombre de su pueblo se ha dirigido a todos los árabes que vivían en Israel invitándoles a que participaran como ciudadanos libres e iguales en un Estado común. También se dirigió a los gobernantes de los países vecinos ofreciéndoles una colaboración amistosa para el desarrollo de toda la zona del Cercano Oriente. La contestación —comenta Ben-Gurión— fue el ataque y plan para aniquilar y exterminar a los judíos. Pero, a pesar de todo, «el mayor deseo de nuestro pueblo sigue siendo el de ver realizada la profecía de Isaías: "Que nación alguna saque su espada contra otra y que no sepan más qué es la guerra"».

A la acusación unánime de los árabes, para explicar su animadversión, de su expulsión de Israel, contesta el dirigente judío que «ni un sólo árabe ha sido obligado a abandonar el país. ¡Jamás hemos expulsado del país a ningún árabe y jamás lo haremos!»

Tras afirmar la impotencia de la O. N. U. para desarraigar el odio y garantizar la paz, cree, sin embargo, que los países pequeños y neutrales pueden hacer mucho —y en efecto lo hacen— para «despejar del mundo la atmósfera del odio». Sin embargo, «sólo se borraré el odio de la tierra cuando las tres grandes potencias mundiales —Estados Unidos, Rusia y China— estén dispuestas, sincera y verdaderamente, a que la coexistencia pacífica sea una realidad». También propugna Ben-Gurión, a estos efectos, una Federación

Internacional de la Paz, de los pequeños países pacíficos de Europa, Asia, Africa e Iberoamérica, haciendo todo lo posible para que las resoluciones de las Naciones Unidas «dejasen de ser letra muerta y se transformasen en una fuerza viva o, al menos, de trascendencia moral».

El erudito, historiador, ensayista y poeta, profesor sirio Anouar Hatem, hace un verdadero análisis filosófico y sociológico-político del papel que desempeña el odio en la política. Se dice que el odio existe desde que existe el hombre; que el odio ha sido siempre una de las fuerzas impulsoras de las grandes decisiones históricas y del comportamiento humano.

Pero también el odio «ha sido siempre una enfermedad que habrá que superar como se han superado la peste y el cólera». A grandes rasgos, «el odio es una soga al cuello». En la política «diría que es teóricamente, como en la vida: el odio es el escalón previo al amor», y la Historia ofrece ejemplos de este odio político transformado en amor (cita aquí Hatem las luchas durante ochocientos años entre Inglaterra y Francia que dio lugar después, en el siglo XX, a una *Entente cordiale* que fue «un acuerdo amoroso destinado a repartirse amistosamente el continente africano que Francia e Inglaterra habían conquistado en el siglo XIX»).

Pero, «tanto el amor como el odio deberían estar desterrados de la política, pues la política debería ser objeto de la sabiduría y de la razón: dicho con otra palabra: de la justicia. Y la justicia excluye toda pasión.» Así es teóricamente, pero la realidad aparece de forma muy distinta, ya que el odio desempeña un papel bastante importante tanto en la política interior como en las relaciones internacionales, y, desde luego, se conoce muy bien hasta qué punto el odio puede unificar a los distintos partidos políticos de un país como obra de amalgama de la unidad nacional frente al extranjero, y cómo une también a distintos países contra un enemigo común (recordemos el «pacto con el diablo» de Churchill en la segunda guerra mundial contra Hitler).

Además, ¿cómo iban a seguir existiendo sin odio la OTAN y el Pacto de Varsovia?

Para aminorar el odio habría, primero, que buscar los motivos que lo provocan y, luego, comprobar si se pueden eliminar dichos motivos. Se habla de coexistencia pacífica. Más acertado sería hablar de «coexistencia atómica». Hay que mantener el miedo del adversario. El actual equilibrio mundial, según el profesor sirio, es un equilibrio del miedo.

Enjuicia, seguidamente, el conflicto árabe-israelí a nivel atemporal, racial, religioso e histórico, y a nivel de la actualidad política, considerando este segundo aspecto, como simple observador, dice que la situación política en el Medio Oriente «es mera consecuencia de la confusa situación mundial, del embrollo de las relaciones internacionales, todo podría arreglarse respetando el

Derecho». Por lo que se refiere al momento actual, Hatem encuentra la posibilidad de una solución que lleve a la paz en esa región, en la aceptación de la resolución del Consejo de Seguridad de noviembre de 1967. Sólo una paz justa puede fomentar la fecunda colaboración entre esos dos pueblos y entre los pueblos del mundo entero.

Para ello, los Estados industrializados saben muy bien lo que tienen que hacer, pero es preciso que sepan lo que no deben hacer. Así, no deben asociar el apoyo que conceden a los países en desarrollo a sus planes políticos, ideológicos y militares relacionados con la lucha que sostienen contra el adversario. «El enemigo de la Unión Soviética —dice— es el capitalismo; el enemigo de los Estados Unidos es el comunismo; el peor enemigo del Tercer Mundo es, sin embargo, el subdesarrollo con todo lo que acarrea: hambre, enfermedad e ignorancia. Los Estados industrializados deben ponerse de acuerdo para establecer un orden jurídico mundial que descansa en el respeto del orden internacional, de las fronteras nacionales y de la autodeterminación de los pueblos. Así no será necesario volver a echar mano de las armas. Más que ayuda económica a Gobiernos ineficaces, los Estados industrializados deben proporcionarles medios de educación y técnicos para que ellos mismos puedan organizarse y subvenir a sus necesidades. Considera Hatem utilísimo «un Comité internacional formado por los países industrializados en el que estuviesen representados tanto las potencias occidentales como los países socialistas. Ese Comité tendría por misión planificar, coordinar y fomentar la ayuda a los países en desarrollo.»

Afirma, por último, el profesor Hatem, que la novedad que nos ha traído el siglo XX es una opinión internacional que lucha contra el imperialismo, la agresión y el abuso del poder. Sería de desear que esa opinión estuviese bien informada despertando las conciencias individuales para que fuesen capaces de reaccionar en cualquier momento y lugar contra las veleidades del poder de los Estados y las concentraciones excesivas de fuerzas ideológicas y materiales. La guerra sólo podrán impedirlos los propios ciudadanos si disponen de una información que no obedezca a ninguna manipulación política. «En el siglo XX no debe haber más "victorias" militares. Sólo por el hecho de estallar, una guerra es una derrota.»

El profesor de Historia cultural de Europa de la Universidad de Viena, Friedrich Heer, cree que las energías hoy encerradas en la Humanidad, que pueden liberarse en terribles explosiones de odio y de envidia, en horribles explosiones criminales y suicidas, son las mismas que pueden manifestarse en forma de amor, racionalidad y confraternidad. Nosotros —dice— constituimos islas, en parte hermosísimas, en medio de océanos de hambre y miseria («la isla de bienestar que es Europa en medio de océanos de miseria»):

y casi todo el potencial que la Humanidad ha acumulado a lo largo de quizá millón y medio de años se sigue despreciando y quemando en movilizaciones absurdas, en nuestras guerras civiles o internacionales, en las zonas sensacionistas de nuestra sociedad de consumo.

Pero si esas energías de la Humanidad pueden actualizarse explosivamente por motivos positivos o negativos —a veces por los dos al mismo tiempo— cuando se las descuida como con frecuencia se hace hoy, los hombres incapaces de imaginarse una vida conflictiva en sentido positivo, tenderán siempre a reaccionar irracionalmente. Nos encontramos en medio de la revolución universal del hombre. Una serie de revoluciones políticas se han extendido por el mundo como una reacción en cadena. Y nuestra mirada interesada nos hace ver esas conmociones políticas desde reacciones de derechas e izquierdas. Por otra parte, vemos hasta qué extremo la gran revolución de la técnica y de las fuerzas de la naturaleza opera una transformación en las condiciones de vida que alcanza, con mayores o menores consecuencias, desde el más insignificante poblado hasta las capas más altas de la atmósfera, y que nos arrastra en el proceso de una verdadera revolución universal. «No en vano alcanza hasta los astros y se distingue en las artes, en la poesía, en la pintura, en la música, en la técnica, en la arquitectura, sin olvidar, ni mucho menos, la teología.»

Es fuerte, ciertamente, este cuadro que presenta de la actualidad el docto profesor austriaco, pero no por ello menos real, y es difícil decir hasta qué extremo las distintas revoluciones políticas siguen impulsando como fulminantes al cohete que es el hombre —hablando al modo de Teilhard de Chardin— por una trayectoria cósmica de posibilidades e imposibilidades insospechadas. Sin embargo, hay algo que deja entrever que hay posibilidades, es decir, que incluso en estructuras muy duras que siguen presentando fortísimas características monolíticas (cita el autor «el poder de terror de un Stalin y de sus matanzas») se están formando recintos de libertad que van dilatándose por diversas razones, una de las cuales —y no la menos importante— es que las grandes naciones industriales que compiten con la hegemonía mundial, como la Unión Soviética, se ven obligadas a conceder a quienes las integran un alto nivel de racionalidad, de sensatez, de confraternidad viviente, y ya esto sólo hace reducir la validez dogmática de los catecismos de partido de todos los colores.

Pero —otra vez el obligado cuadro pesimista— el tránsito rodado y aéreo, los accidentes, los suicidios y las drogas están demostrando, día tras día, que el hombre actual, incluso el occidental, «no se encuentra preparado anímicamente, que el presente no ha rozado sus capas profundas espirituales y religiosas y que aún le falta mucho para alcanzar las dimensiones propias de lo

humano, es decir, aquella presencia del intelecto y del espíritu, ingrátida, serena y vital, aquella rápida capacidad de adaptación y resistencia que presupone la época técnica, la cual ha de ser superada a fuerza de humanidad».

Ahora bien, en la aceptación sincera de una vida conflictiva, ¿quedarían integrados los odios y, por ello, anulados? Entiende F. Heer que un tratamiento parcial del odio, de la envidia, de los instintos criminales y de la voluntad de suicidio «es un recurso ineficaz para superar el gigantesco proceso de transformación en que todos estamos sumidos». Pero, sin embargo, «deberíamos crear en todos los países que ya participan de la civilización técnico-industrial una serie de establecimientos e institutos que, trabajando en estrecha colaboración, se ocupasen del estudio de los conflictos, de la guerra y de la paz; y, además, deberíamos intensificar la gigantesca tarea de la educación de los educadores...; que se inicie un proceso de desneutorización, que tenga éxito un sistema de educación que lleve a la gente a dar un sí alegre y libre a una vida privada en medio de los conflictos más duros que plantea la lucha por la vida, la vida profesional, política, etc.»

A la paz por la educación, que ahora propugna Heer, es una vieja idea y aspiración humanista (véase nuestro trabajo *Actualidad del pensamiento pacifista del humanismo estoico-renacentista español*, Madrid, 1967), y sobre la necesidad de una educación verdaderamente humana reina un consenso casi absoluto, aunque poco se hace por ella y, en cuanto a los medios o procedimientos las opiniones discrepan o cunde el desconcierto ante la tarea. Así, el miedo a fracasar en la vida, a carecer de las fuerzas necesarias para vivir la vida, el miedo a las frustraciones de todo tipo, a derrochar la existencia, sigue siendo el motor más potente que pone en marcha una agresión. Por eso, «si conseguimos vencer algo del miedo a la vida, del ahogo y de la angustia, ganaremos mayor margen de acción en nuestra sociedad, para seguir discutiendo generación tras generación, para poder enfrentarnos unos a otros, jugando, no a muerte». Nuestra conciencia está todavía hoy muy deformada porque nuestros conocimientos todavía son muy escasos, y «unos conocimientos y conciencia precarios llevan a una convicción precaria en lo político, religioso y social». Pero un saber más completo y una conciencia más despierta son presupuestos indispensables para afirmarnos a nosotros mismos en forma elíptica en muchas afirmaciones y negaciones condicionadas. Quienes interrumpen el diálogo dentro del propio pecho, no pueden, naturalmente, amar al prójimo como a sí mismos. Al fallar el gran amor a uno mismo, que no hay que identificar con el pequeño «yo» de uso diario, falla también el amor al prójimo. Por ello y como medios más adecuados para alcanzar resultados positivos en la obra educadora, habría que reunir a los hombres que integran las clases, los partidos, las religiones y los pueblos que estén dis-

puestos al diálogo «deberían crearse nuevos modelos de asociaciones interparlamentarias, clubs y federaciones en los que pudieran encontrarse aquellas personas que en su conciencia —y yo entiendo conciencia como conciencia dolorosa— puedan practicar la fraternidad en un grado más elevado».

En este gran concepto —«mandamiento nuevo» del cristianismo— del amor y fraternidad, del amor no sólo a los amigos, sino de «tomar en serio el amor a los enemigos» (que es lo más elevado y difícil que puede exigirse a los hombres), encuentra el cardenal Franz König, arzobispo de Viena, que es otro de los entrevistados por Häsler, la clave de la paz entre los hombres y los pueblos.

Me parece que el odio —empieza diciendo el cardenal austríaco— «es un fenómeno degenerativo, una forma negativa del amor; corresponde al campo de las pasiones; no es, pues, cosa de la razón, sino que tiene sus raíces en la esfera de la irascibilidad». Distingue, seguidamente, entre el odio individual y el odio colectivo, y lo que ahora nos interesa ante todo es el contagio de la masa por el odio.

Existen en el pasado acontecimientos en que el odio ha desempeñado un papel importante, como las guerras de religión, las persecuciones de los judíos y de otras minorías, y entre los motivos de esos odios ve el cardenal König «el nacionalismo exagerado, el abuso de la religión y el abuso de las ideologías», ya que hay gentes que se aprovechan de las ideologías para desplazar los problemas desde el campo de la razón al de las emociones; «apelan a los instintos bajos de las masas y consolidan prejuicios para inculcar con más fuerza las ideologías en las masas».

Sin embargo, «en el odio puede haber un elemento aceptable cuando surge como defensa contra la injusticia, la calumnia, contra la lesión de derechos ínsitos en el hombre». El odio «es el último escalón de una cadena que comienza con la indiferencia, el gesto de defensa y de rechazo; luego viene la ira, y al final se remonta hasta el arrebató de odio». Entonces empieza a convertirse en injusticia lo que quizá en un estadio anterior había sido justo o aceptable, ya que el odio es un factor de enemistad en la lucha. Lo que el odio pretende «es lesionar al adversario y, al final, aniquilarlo. Pero a eso nadie tiene derecho porque no somos Dios.»

Por lo que se refiere al fenómeno del odio de clases, la Historia nos muestra hasta qué punto ha faltado el diálogo personal entre los patronos y los obreros y cómo esa situación ha contribuído a intensificar las tensiones. «En lugar de sentarse a una mesa común, ambas partes han fomentado el odio mutuo.»

En el campo internacional, el odio pone en peligro, y en peligro inminente, la paz del mundo. «Lo mismo que el abuso del poder constituye un grave

problema en el mundo entero, de la misma manera me parece que constituye otro peligro tan grave el fomentar y atizar el odio; por ejemplo, en las cuestiones raciales, en los resabios de un falso nacionalismo y, sobre todo, en aversiones relacionadas con las ideologías.» Y es que el odio sigue siendo «uno de los motores más eficaces del comportamiento humano». Pero, en lugar de fomentar el odio y la violencia entre individuos, grupos y pueblos enteros, «la energía potencial que está contenida en el odio podría emplearse para difundir el amor y para unificar a la Humanidad en una totalidad solidaria».

Ahora bien, ¿cómo podría realizarse esta empresa inmensa? Según el cardenal Köning, «desviando la fuerza y la violencia de los cauces en que hoy día combaten entre sí los individuos, las tribus y los grupos hacia uno que condujese esas fuerzas a combatir en la guerra santa de la naturaleza humana contra los más horribles, irreconciliables y eternos enemigos del ser humano, es decir, *contra* el hambre que se sufre en el mundo, la muerte, la enfermedad del alma y del cuerpo, *contra* la criminalidad, *contra* las catástrofes naturales, *contra* el odio a uno mismo y otras fuerzas perniciosas, y *en favor* de las fuerzas creadoras de cada individuo, *en favor* de la vida, *en favor* del bienestar del alma y del espíritu». Con sólo que se unificase en bien de la Humanidad una parte de las fuerzas y los recursos que hoy se emplean para desencadenar el odio, la violencia y la guerra entre los grupos y pueblos «podría llevarse a término satisfactorio la guerra santa de la Humanidad —intelectual, espiritual y vital— contra sus enemigos inhumanos».

Por eso, ante la realidad de la política actual y la dificultad, en las grandes asociaciones en que la política juega un papel importante, de alcanzar resultados concretos, se plantea, por otra parte, la cuestión de que ¿hasta qué extremo es la política misma ocasión de odio?

Hay que reconocer —y es cosa, dice el cardenal Köning, que debería alguna vez exponerse claramente en la O. N. U.— que hay Estados que calculan conscientemente en su política el factor odio, actitud irresponsable y sumamente peligrosa. En todo caso, «la religión, la concepción del mundo y las buenas disposiciones representan un papel principal para alargar después la mano al adversario». Es preciso que se reconozca y se vea que no existe más que *un sólo mundo*: o construimos entre todos este mundo o lo aniquilamos entre todos. Hemos de hacer todo lo que esté en nuestro poder para eliminar el odio que en los países en desarrollo constituye un peligro verdadero, mediante una ayuda generosa y fraterna en la dirección que apunta la encíclica *Populorum progressio*. «Tenemos que construir *un mundo*, tenemos que fortalecer la paz y resolver entre todos los problemas sociales.» En todo esto «veo yo un elemento muy eficaz para desarraigar el odio» (se refiere el cardenal a la influencia de la religión y, concretamente, a los orga-

nismos de la Iglesia creados después del Concilio, para el acercamiento entre los cristianos no católicos, para las religiones no cristianas, y la Secretaría para los no creyentes —que preside el propio cardenal Köning—, que «no busca la conversión del descreído, sino al diálogo sobre la base común de lo humano»).

Se trata, pues, como medio, el más eficaz, del diálogo, que es una noción que casa muy bien con la época, es decir, hablar unos con otros, porque «donde hablan unos con otros siempre queda una esperanza». El diálogo mismo es ya un resultado. Ciertamente que el principio del amor a los enemigos provoca la contradicción que puede llegar hasta el odio, que hay que contar con él y, a la vez, no eludirlo, porque el modo y la forma que se adopten para resistir el odio contribuyen también a su anulación. «Si respondo con el odio no se arreglan las cosas, sino que empeoran; pero invitar al adversario al diálogo es uno de los grandes gestos que contribuyen a anular el odio.»

Y lo dicho vale para todas las grandes religiones porque todas colocan al menos la idea de Dios en el centro de la comunidad. En este sentido todas las religiones han contribuido, y siguen hoy contribuyendo, a la paz social. Pero también puede tener el efecto contrario cuando se hace uso de la religión para transformar en enemigos a aquellos que no profesan las mismas ideas religiosas. Esto puede suceder si la religión es manejada por la política.

Además del diálogo, estima el cardenal Köning que todas las personas que tienen influencia en la opinión pública son portadoras de una responsabilidad en la tarea de contrarrestar el odio. «Debería hacerse mucho más en la radio, la televisión, la prensa, el parlamento, etc., para despertar las conciencias y para mostrar sistemáticamente dónde se encuentran los focos de agitación y peligro de nuestra época y decir entonces que lo decisivo no es la técnica —que en sí ni es buena ni mala, lo importante es el uso que se haga de ella—, sino el modo de sentir de los hombres.»

Y para los cristianos «que se tomen en serio el cristianismo», el cardenal Köning es terminante: «Me parece que la tarea más urgente que se les presenta es convertir en realidad las palabras que hablan de amor al enemigo, también en el campo social, siempre, y no sólo cuando nos convenga. Como católico tengo que decir que lo hemos practicado poquísimos. Tenemos que proclamarlo aún mucho más y no sólo teóricamente, sino hacerlo vivo con el ejemplo, como en el caso de los conflictos raciales y, en todo lugar, donde hallemos inquinas.»

El mandamiento de amor a los enemigos «significa que el deber de amor a nuestros enemigos es la doctrina central de la revelación cristiana». Y esto, a su vez, significa el ataque directo y central contra nuestro «comportamiento natural» que responde al principio de contestar a la violencia con la violencia

y el odio con el odio; esto quiere decir que el mandamiento del amor cristiano a los enemigos exige iniciativas atrevidas y originales e inmensas fuerzas espirituales para superar la situación primitiva «natural». No se nos ha encargado —dice el cardenal Köning— de la misión de esperar pasivamente a la defensiva, sino de atacar al espíritu maligno del odio en sus rincones más siniestros para levantar allí la fortaleza del amor. «Esta es la única posibilidad que se nos ofrece para liberarnos de las ataduras del odio y de la violencia.»

Amar a nuestros enemigos «significa conocer su esencia, sus apetitos; significa intentar odiar con él la injusticia que él odia con razón y amar con él la justicia que ama con razón. Esta primera experiencia nos facilitará el camino que conduce a un amor razonable de nuestros enemigos; nos ayudará a limitar el área de los conflictos y a dilatar la de la colaboración y la polémica pacífica.» Y así podríamos hacerle ver al «enemigo» mismo que su postura quizá es más justa de lo que él mismo piensa. Con lo cual se dan dos pasos adelante cuando él reclama uno sólo.

La verdadera tarea para el que conscientemente ama a su «enemigo» consiste —termina el cardenal austríaco— en no ver «lo malo», es decir, en no ser siempre sólo «anti», se trate de lo que se trate. Propugna el cardenal Köning el incremento de una educación sobre el odio, sus aspectos y consecuencias. Mostrar que en el odio se encuentra una de las fuentes más importantes del error de nuestros tiempos; que las guerras tienen en él su origen; que los enfrentamientos sociales y revolucionarios, que pueden causar la muerte de muchos hombres, tienen en él sus raíces y que, así, se necesitan hombres que intelectual y temporalmente estén preparados para mostrar claramente las causas y consecuencias del odio y que en su lugar hemos de colocar el amor verdadero y cristiano del enemigo. Para estar a la altura de esta tarea «sería necesario que esta Moral inspirase todo un programa educativo». En este sentido la actualidad tiene mucho que aprender de nuestra propia tradición humanística que tanto hemos descuidado (véase nuestro trabajo ya citado *Actualidad del pensamiento pacifista del humanismo estoico-renacentista español* en el que hacemos ver las ideas pacifistas de nuestra tradición humanística —Séneca, R. Lulio, Luis Vives—, y la importancia de la educación para la paz).

En un sentido radical y nihilista se pronuncia Wolfgan Lefèvre, estudiante de Filosofía y Sociología en la Universidad Libre de Berlín, conocido y destacado dirigente, juntamente con Rudi Dutschke, de la Federación Socialista Alemana de Estudiantes, quien afirma que el odio es justo cuando de hecho se dirige contra el opresor, ha identificado las causas de la infelicidad y se dirige contra ellas racionalmente; este odio «es justo y políticamente productivo, sin pasión los hombres no podrían librarse de sus cadenas».

Claro que lo que interesa —decimos nosotros— es determinar cuando el odio se dirige «racionalmente» contra la opresión y las causas de la infelicidad. Y qué se entiende por «opresor» y «causas de infelicidad». Es el objeto nada menos, el fin y los medios lo que hay que precisar. Y a la hora de hacerlo y de contestar a las inteligentes preguntas de Häslér, W. Lefèvre lo va haciendo con una pasión extremista contra «sus adversarios a quienes llama «la excrecencia natural del desarrollo de una humanidad que todavía se encuentra en la Edad de Piedra». «Soy marxista —dice— y sospecho que hay que ir familiarizándose con la idea de que los capitalistas no van a abandonar el terreno voluntariamente y que la supresión del capitalismo no es cuestión de reformas.» «¿Es que va uno a aguantar todo? Es decir, que ha llegado el momento de cambiar las cosas...» y de evitar la mutilación de la Humanidad. Para ello, «siempre que una revolución esté verdaderamente dirigida desde abajo hará uso de la violencia contra los saboteadores de su política, cosa que me parece justa, porque esos hombres que comienzan, por fin, a ser hombres, no permitirán que nadie vuelva a ponerles en condiciones de vida propias de la Edad de Piedra».

El odio «es el opio del pueblo», afirma el profesor Herbert Luthy, historiador y publicista, profesor de Historia general y de Suiza en la Escuela Técnica Superior Federal de Zurich, quien añade: «No se puede luchar contra el opio, pero sí contra los traficantes, contra el tráfico del odio. Es lo único que está en nuestro poder.»

La Historia —dice— es una antología interminable de fenómenos de odio, y precisamente los puntos dramáticos culminantes que solemos considerar como puntos culminantes de la Historia han ido siempre acompañados de explosiones infernales de odio. Cuando la causa quede eliminada y el enemigo exterminado, se ha llegado a la solución definitiva. El odio aparece siempre como doctrina salvadora. La Historia está llena de estas cosas. Pero el odio, el odio sistemático, colectivo y ciego necesita organizarse. No explota sencillamente. No es motor, sino combustible. La mayoría de las guerras, la primera guerra mundial inclusive, han brotado por motivos que apenas si tenían algo que ver con el odio y, quizá, sí con el miedo o con reacciones irracionales. Pero una vez en marcha, hubo de dar rienda suelta al odio para encontrar carne de cañón. Hoy día una guerra con todo lo que acarrea —movilización general, explotación de todos los recursos, imposición de enormes sacrificios—, sólo puede llevarse a cabo haciendo del adversario una encarnación diabólica del mal. «A esto lo llamamos ideologización de la guerra, institucionalización del odio como instrumento de la política.»

El odio, pues, para el profesor Herbert Luthy, no es un fenómeno espontáneo; es algo fabricado, y en situaciones oportunas parece como el medio

más acreditado para manipular las masas. El descontento social es la materia prima de las revoluciones, pero las revoluciones no son fenómenos espontáneos. Un movimiento revolucionario presupone una sociedad que sea lo bastante libre o que esté lo bastante quebrantada para tolerar la organización de un movimiento de esa clase. Así, los esfuerzos por movilizar al Tercer Mundo para la «guerra de las aldeas contra las ciudades», el grito de «odiad a Norteamérica» y la fascinación que estas consignas ejercen sobre todo en los idealistas; los predicadores del odio se han convertido en los profetas de una nueva época para toda una juventud universitaria; el último manifiesto del «Ché» Guevara, que fue un himno al «odio implacable de los desheredados», al «odio que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar»; el explosivo prólogo de Sartre al libro de Franz Fanon, *Los condenados de la tierra*, en el que el filósofo francés explica, entusiasmado, que los pueblos que han vivido hasta ahora oprimidos sólo podrán hallarse a sí mismos en la sangre de los colonizadores; todos estos son ejemplos —según Herbert Luthy— que muestran claramente cómo se fomenta el odio y se manipulan las masas. Y cree este autor que «los grandes manipuladores del odio no tenían nada de ingenuos, sino que eran demagogos, fríos técnicos del poder y, muchas veces, también jercas amenazados que necesitaban un pararrayos para el odio que amenazaba caer sobre ellos, pero que no creían en su propio evangelio del odio. Cree, asimismo, el profesor de Zurich, que «la sorprendente epidemia imaginativa de ansia de violencia, subversión y revolución que está haciendo estragos en muchas Universidades, y precisamente en las Facultades de humanidades, debe de brotar de una frustración grave...»; el odio intelectual es muchas veces «una proyección liberadora del odio en sí mismo —del descontento con uno mismo— hacia fuera». Hallar un objeto exterior odiable exime de la mirada en el espejo, pero aún tiene más ventajas: «Facilita la posibilidad de presentarse como profeta, de desenmascarar al enemigo universal y de encontrar así unos secuaces que difícilmente podrían hallarse para realizar proyectos positivos destinados a mejorar el mundo».

Como medios para enfrentarse con el odio manipulado y anular sus efectos, Herbert Luthy piensa en la escuela y en la educación. La educación moral y espiritual que hace del individuo un ser humano o un energúmeno se adquiere, sobre todo, fuera de la escuela. Que vayan suprimiéndose las barreras religiosas. Por lo demás, y en relación con la embajada de dos mil años de cristianismo —«amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian»— no hay más remedio —dice H. Luthy— que plantear el problema de la eficacia de la predicación: «Ha demostrado no ser muy grande.»

No cree el docto profesor suizo que la violencia pueda suprimirse como factor de la Historia, pero sí «deberíamos siempre tratar de solucionar los conflictos sin acudir a la violencia». La solución pacífica necesita de la buena disposición de las partes contendientes. No habrá nunca una Humanidad completamente satisfecha con su suerte ni reconciliada consigo misma.

Pero como, para Herbert Luthy, el odio es un sistema intelectual y su provocación es una empresa premeditada, todo intelectual debe de comprometerse, primero, a rechazar la llamada del odio y, segundo, a emprender la lucha en lo que alcancen sus medios y recursos contra los logreros del odio; estamos obligados a «pedir explicaciones a esos profetas y viajeros del odio sea donde sea, no preguntándoles por el objeto de su odio —sobre esto son muy elocuentes— sino *qué* quieren concreta y positivamente; no *contra* quién, sino a favor de *qué* se apasionan». Entonces casi siempre se desconciertan. Por otra parte, «es muy ilustrativo comprobar que la mayoría de las filosofías revolucionarias de la violencia, incluso el marxismo y el leninismo, siempre se hayan negado, con curiosa constancia, a expresarse claramente sobre su Estado y su sociedad futuros, una vez eliminado el enemigo». En este punto debería arrancar el planteamiento de las cuestiones críticas.

No obstante este análisis psicosociológico, tan acertado a nuestro juicio, que hace del odio como fenómeno intelectual el profesor Herbert Luthy, sin embargo, éste termina afirmando modestamente que «no está en condiciones de formular propuestas sobre una campaña de carácter universal contra el odio, porque no hay *un* odio, sino muchos». Pero nuestro deber consiste, y ha consistido, en «obligar a los predicadores del odio a expresarse con lucidez, porque el odio ciega. Entonces tartamudearán o se callarán o nos abuchearán.» Luchemos, pues, contra los traficantes y el tráfico del opio que es el odio. «Es lo único que está en nuestro poder.»

Para Herbert Marcuse el odio, como el amor, es un fenómeno ambivalente: «Hay un odio reprobable bajo cualquier circunstancia y que sólo puede tener consecuencias destructivas, pero hay un odio que, bajo ciertas condiciones, puede tener consecuencias constructivas: el odio a la crueldad, el odio a las personas crueles, el odio a la tortura y a los torturadores.» El odio, como la agresividad, es un «potencial» pronto a «descargarse» y que son fáciles de desencadenar. Pero una vez desencadenado «es muy difícil detener el odio en un punto exacto; puede lograrse y puede también no lograrse...; esperamos que mediante un proceso educativo muy largo y profundo se fomente cada vez más el odio contra la opresión, contra la injusticia y contra la crueldad y que no lleve en sí mismo las raíces de una escalada».

«Yo menos que nadie —dice Marcuse— predicaría la violencia. Odio la violencia.» Pero la violencia la ejercen primero los otros, no los que protestan

contra la violencia. La violencia está institucionalizada en la sociedad. Entonces hay violencia contra violencia. No es violencia sólo de un lado. Cuando se habla de renuncia a la violencia, «habría que dirigirse, en primer lugar, a los que la ejercen legalmente institucionalizada. Cuando los fuertes, los poderosos, cesen de emplear la violencia, también lo harán los otros. Siempre se exige de los débiles, siempre se exige de los que protestan contra la violencia que no la usen.»

Aparentemente prudentes y bien medidas las palabras de Marcuse, ¡como tantas otras de estudiada eficacia propagandística que tan bien sabe manejar! (no en vano le han convertido los movimientos estudiantiles subversivos de Europa y América en abanderado intelectual de su «protesta» —y él, por supuesto, se ha dejado querer aunque haya protestado de ello y no los ha repudiado). Pero es inadmisibles esa equiparación que hace entre la violencia «legalmente institucionalizada» y la de los «otros» para justificar la de éstos contra aquélla. ¿Es que la violencia «institucionalizada» («la de la policía»), o mejor, debiera decir Marcuse, la fuerza como instrumento del poder y al servicio del orden institucional es violencia reprobable *contra* la que sea consecuencia lógica, obligada y justa la «otra» violencia? Aquí, como en tantas otras ocasiones, Marcuse es poco lógico, o tal vez, es demasiado propagandista cara a «su» galería (véase nuestro trabajo *A propósito de Marcuse*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1971).

En lugar de odio y violencia, Marcuse prefiere hablar de agresividad, y la agresividad pertenece a la naturaleza humana, en cada hombre hay agresividad. Del mismo modo, no hay sociedad sin conflictos ni tensiones, problemas y luchas; «incluso en la sociedad más libre», pero en ésta «estos conflictos y estas luchas se solventarán de un modo que no necesitarán acarrear catástrofes». E incluso el hombre más nuevo y más libre «guardará dentro de sí esa agresividad que, por otra parte, puede sublimarse para los fines más vivificadores y desublimarse».

No se puede hablar, pues, según Marcuse, de una sociedad sin conflictos. Pero hay conflictos que tal como se presentan, por ejemplo en el odio racial, pueden eliminarse porque no tienen su fundamento en la naturaleza del hombre, sino en la organización social.

Pero no todo odio es destructivo, sino que la agresividad puede aprovecharse de modo mucho más constructivo de lo que se hace hoy, puede sublimarse en agresividad técnica, que incluso puede servir para fines humanos.

Marcuse termina reconociendo que, en el proceso de acercamiento entre los hombres que se está iniciando en el mundo, juega un gran papel la Iglesia católica en la que, en este caso, «aparecen sorprendentes corrientes de libertad».

El profesor de Francfort Alexander Mitscherlich dice que el odio es un fenómeno que, como todas las grandes pasiones, anula fácilmente al yo como autoridad encargada de vigilar la sensatez de nuestros pensamientos y nuestras acciones. Parece, además, que en medio de las sociedades humanas debe haber condicionamientos que están insuflando continuamente nueva vida a la capacidad del hombre para odiar a sus congéneres, y también a sí mismos, y para convertir al odio en una necesidad insalvable.

La idea de Mitscherlich es que el exceso de instintos agresivos se da en todas las sociedades, que es mayor o menor y que está relacionado con una idea de Freud, según la cual somos tan egoístas que las concesiones que hacemos para adecuarnos al prójimo van acompañadas constantemente de disposiciones agresivas. No debemos echarles toda la culpa a los «grandes seductores» del odio; «nosotros mismos estamos dispuestos a odiar y estamos dispuestos a aniquilar, aunque las fuertes amarras de nuestra propia sociedad nos impidan matar a nuestro vecino»; se trata de algo así como un «instinto de muerte». Contra el odio, pocas garantías hay en ningún país. De repente fallan las fuerzas reguladoras de la cultura para la que las palabras humanidad, libertad del individuo y tolerancia no han sido antes huecas.

Sin embargo, el control de nuestros instintos es en gran medida cuestión de educación de los efectos, que consiste en «hacer entrar en razón» a los hombres en momentos críticos para que luego resistan eficazmente a la presión de los efectos y puedan frenarse y ganar distancia crítica. Están surgiendo «teléfonos rojos», procedimientos de adaptación a la magnitud de los peligros. Lo único verdaderamente positivo que podemos hacer —dice el profesor alemán— es «entrenar nuestra educación, inclusive nuestra autoeducación permanente, para una toma de conciencia crítica de forma que la educación no consiste en la adopción de órdenes de catálogos inmutables de valores, sino en el aprendizaje de un pensar; pero de un pensar independiente en las situaciones más intrincadas de la vida».

«En Estados Unidos crecen el miedo y el encono.» Esto dice John Morsell, dirigente de la Asociación Nacional para el Progreso de los Hombres de Color (cuya personalidad más destacada fue Martin Luther King), al referirse al problema racial en Norteamérica. Con objetividad y sin apasionamiento, Morsell ve «el verdadero peligro en las fuerzas de ambos lados, negros y blancos, que han llegado al extremo de introducir el odio como principio director de sus acciones; ello ha de llevar al choque, cualesquiera que sean los esfuerzos que se hagan en los sectores social y económico para combatir los motivos verdaderos del encono». Pero es curioso que en el campo de los negros, los que odian con más encono no son los negros que verdaderamente han tenido que ejercer la paciencia y que han sido víctimas personales:

de la arbitrariedad blanca, sino los jóvenes del Norte que no han sido testigos personales de relaciones hostiles con el mundo circundante de los blancos.

Pero puede lucharse contra el odio en ambos bandos: blanco y negro. La lucha es muy dura. Ni la moral ni el comportamiento humanos se dejan dirigir fácilmente por medio de leyes. No hay ley eficaz si antes no se acepta. «El instrumento más importante es la educación, educación en ambos lados; nuestra organización emplea este instrumento; queremos enseñar al negro a que luche sólo contra sus prejuicios.» La educación es, sin embargo, un proceso muy lento y costoso, el más costoso de todos. Pero, «queremos seguir educando al negro para hacer de él un ciudadano consciente de sus responsabilidades, porque mientras no avance la obra educadora el odio seguirá creciendo ya que son muchos los que se han convertido al odio». Muy meritoria es la ayuda que prestan las Iglesias en esta obra educadora contra el odio.

Premio Nobel de la Paz, profesor de Sociología y de Filosofía Moral, el conocido y malogrado padre Dominique Pire pudo opinar, con conocimiento de causa, sobre la amplitud y causas de la rebelión mundial. El «caos de este mundo» de guerras y luchas, el racismo creciente por todas partes, el abismo cada vez mayor entre los países ricos y pobres, las trabas a la libertad de opinión en los Estados totalitarios, comunistas y fascistas, pero también «la sensación de impotencia ante todo esto, la sensación de ser manipulado e influido decisivamente por los medios masivos; la puesta en duda de la necesidad del empleo de la fuerza, pero también el hecho de que el pacifismo es de una eficacia relativa». Y tampoco debemos pasar por alto el «que la sociedad de la abundancia también tiene sus aspectos negativos: el aburrimiento, la autosuficiencia, el egoísmo, el apego a los privilegios, la defensa de esos privilegios mediante las "fuerzas del orden", la política de compromisos y de componendas». Todo esto contribuye, sin duda alguna, según el padre Pire, a ese estado de rebelión, sobre todo entre los estudiantes, algunos de los cuales —«los jóvenes lúcidos»— ven que «dos tercios de la población no tienen acceso a los bienes de la sociedad de la superabundancia», y ven también —porque hoy disponen de suficiente información— «el lado infamante del mundo, incluso del mundo revolucionario», pero «no están lo suficientemente maduros para tolerar la imperfección y sacar de ella lo bueno que de alguna forma pueda tener».

Ocurre también hoy que, como muchos adultos, que tienen una tremenda conciencia de sus derechos, mientras que de sus deberes no la tienen en la misma medida, «reivindican categóricamente los derechos individuales, pero rechazan el control propio». Desconocen, asimismo, «que la libertad no es el derecho a hacer y dejar hacer todo, sino la posibilidad de hacer todo y la capacidad de elegir lo que se haga». Porque si la libertad no es el control pro-

pio, el hombre se convierte en el esclavo de sus debilidades; sólo es libre si controla sus debilidades. Al pretender aniquilarlo todo, «muchos estudiantes olvidan que la sociedad en que vivimos no es sencillamente un invento de los malvados capitalistas, sino un lento proceso biológico tras el que operan leyes muy precisas, pero a la biología no se la fuerza sin pagar las consecuencias». Por eso «no se puede aniquilar todo y partir de cero; ponerlo todo en tela de juicio es algo así como un aniquilamiento total».

El remedio a las causas de la agitación está, para el padre Pire, en el *diálogo*: «Pase lo que pase, hemos de intentar llegar siempre a lo que he llamado "diálogo fraternal", con objeto de intentar evaluar y entender positivamente el punto de vista de los otros aun sin compartirlo. En este mundo pueden ocurrir choques, «pero debemos procurar, ante todo, que estos choques no conduzcan a un odio inextinguible; esto es en lo que pienso cuando hablo de la misión realista del diálogo fraternal».

Otro medio, íntimamente relacionado con el anterior, consiste en *armonizar los contrastes*. Vivimos en un mundo de contrastes políticos, sociales, religiosos, ideológicos, económicos, lingüísticos, culturales o de razas de estirpe y hasta de carácter. Estos contrastes «no pueden ni deben ser reprimidos; si conseguimos armonizarlos pueden llegar incluso a ser fuente de enriquecimiento». El diálogo a que se refiere el padre Pire «encuentra sus fundamentos en una armonía de ese tipo». No tenemos que anular las disparidades, sino armonizarlas. Precisamente, el respeto a las conciencias es la base de la paz. «Tenemos que renunciar al peligroso ensueño de un mundo uniformado e igualado en el que unos imponen su opinión a los otros o los exterminan.» Nuestra misión consiste, pues —termina el docto dominico belga— en dar forma a una «diversidad armónica». La función más realista y provechosa del diálogo fraternal consistirá en «evitar que los conflictos desemboquen en odio inextinguible». Lo que podemos hacer es «convertirnos en voz de los hombres que no tienen voz, ilustrar a la opinión pública de forma que se convierta en objeto de presión de causas justas...» Y luego tenemos que hacer uso de todas nuestras fuerzas para difundir la verdad en la prensa, radio y televisión. Y todavía podemos hacer una cosa más: «Dar ejemplo; no hay nada que pueda sustituir el valor del ejemplo, el carácter positivo y explosivo de una acción de caridad.»

Especialista en Derecho internacional, embajador, miembro de la Comisión Permanente de Arbitraje de La Haya, el suizo Paul Ruegger, que fue el primero que ocupó en 1964 la cátedra de Derechos del Hombre de la Universidad de Estrasburgo, empieza por aplaudir calurosamente toda iniciativa que contribuya a solucionar el problema del modo de hacer frente al odio atizado y organizado a nivel internacional. «Todos los esfuerzos que se realicen por ofrecer

resistencia a la captación colectiva de una pasión individual e injusta que llamamos "odio" merece y exige apoyo incondicional.»

Fiel a este noble propósito, y con gran competencia y una visión clara del problema, el profesor Ruegger hace unas prudentes y atinadas observaciones sobre el odio como instrumento al servicio de fines políticos.

En primer lugar, le parece que es fundamental partir de la idea de que el odio sólo refleja un movimiento y un estado de ánimo que son individuales: es «un fallo del individuo». Por eso es peligroso admitir como un «hecho» el que el odio premeditado se considere pasión que trasciende del individuo para convertirse en «instrumento colectivo», como instrumento de presión colectiva, aunque sea indirecta, *de facto*, como elemento de una política aunque sea equivocada. «Considerar el "odio" como instrumento de la política, de la colectividad, me temo que llevaría a "institucionalizar" de algún modo ese elemento "demoníaco". Porque un "reconocimiento tal de los hechos" podría encontrar una especie de confirmación de que la pasión del odio —siempre individual— es algo colectivo, y así la expresión colectiva aparecería en cierto sentido como "factor" en las relaciones internacionales. Habría que evitar que un "instinto demoníaco individual", considerado pasión colectiva, pudiera dar a los hechos cierta "legitimidad", aunque ésta fuese falsa, naturalmente.»

Si, por el contrario, se admitiese el odio colectivo y éste considerado como instrumento de la política, sería muy fácil «sembrar odio» gracias a los medios propagandísticos de que hoy se dispone y se arriesgaría así el que el llamado «odio» organizado y propagado se convirtiese en algo estable, en un factor susceptible de cálculo en las relaciones internacionales. ¿No se daría el peligro —se pregunta Ruegger— de que en la práctica se organizaran campañas de odio y éste se convirtiera en una noción propia del Derecho internacional como lo son los conceptos de «retorsión» y «represalia»?

Para Ruegger, «no hay odio justo». El odio nunca es justo porque es emanación de un extraño motivo no espiritual. La noción misma se opone antitéticamente a la de justicia. Es comprensible el resentimiento de cierta duración como consecuencia de conflictos o tensiones anteriores, pero afortunadamente conocemos ejemplos de buena voluntad para olvidar y para reconciliarse con prontitud. Tampoco la disposición de defenderse hasta el límite y el espíritu de sacrificio máximo en favor de una comunidad nacional tienen nada que ver con el odio.

Como instrumentos para prevenir y combatir el odio —señala Ruegger—, la labor, desde su fundación, de la Cruz Roja, la contribución del Gobierno suizo, la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU, la UNESCO con su preocupación por la educación, el papel desempeñado por las Iglesias y,

sobre todo, el esfuerzo realizado por la Santa Sede para contrarrestar el odio atizado contra las minorías étnicas y religiosas. «Todo lo que se intente a nivel internacional para hacer frente a las manifestaciones del odio no sólo ha de ser, naturalmente, bien acogido y aplaudido, sino que, además, justifica ciertas esperanzas.»

Carl Schmid, eminente profesor de Ciencia política, entiende que el odio «tiene muchas caras» y ofrece facetas espirituales que son muy oscuras. Más fácil es hablar de antipatías. Una cosa diferente —dice— es el odio de clases; «éste sí que ha existido, y no porque haya sido atizado; es algo elemental ínsito en la persona para su liberación»; el odio de razas, el odio al extranjero, que hoy aparecen en ciertos países, son, en cierto modo la rebelión del que descubre que el «otro» se le atraviesa en su camino. «No hay derecho a que existan los otros», podía ser el grito de rebelión del odio que apunta al exterminio.

Como causas del odio, señala Carl Schmid el resentimiento, la desigualdad de derechos y de trato, la envidia y la vergüenza a veces de que unos hombres o pueblos hayan conseguido lo que ellos no supieron o consiguieron obtener; el «truco político» que «vierte en las gentes el venenoso licor del nacionalismo para poderlas uncir al carro político». Es el «odio manipulado» con fines políticos.

Sin embargo, el docto profesor y político germano cree que es posible «domesticar el odio» mediante la experiencia, la comprensión y la razón; educando al hombre de forma que comprenda al hombre y su modo de comportarse, y llegue a «querer a los otros como son». La cultura y la educación operan colocando entre los afectos y su posible proyección una barrera que impida la explosión incontrolada. Pero «el medio más importante y eficaz para ir eliminando el odio», es, para Carl Schmid, «¡las palabras del Evangelio!». Ama a tu prójimo porque es como tú. Pero lo primero es ser generoso con uno mismo. Si uno es capaz de ello también podrá serlo con los demás. «Querer a los otros tal como son, en su manera distinta de ser... Quizá el otro soy yo mismo en mi distinta manera de ser.»

Léopold Sédar Senghor, poeta destacado, profesor y Presidente de la República del Senegal, puede hablar con autoridad sobre los problemas de la violencia y del odio porque ha vivido intensamente los problemas de la descolonización e independencia de los pueblos africanos, cuyas pruebas y sufrimientos «han hecho brotar un odio inextinguible», pero que, al mismo tiempo, «están haciendo lo posible por lograr la unidad, precisamente para superar el problema del odio».

No obstante ser uno de los más moderados y prudente de los dirigentes africanos, no oculta Senghor, al enjuiciar el problema del odio, el resentimiento

miento histórico del suelo africano que se dirige contra el racismo y la opresión. Hay un odio justificado, como «el que tiene por objeto el racismo y la opresión; también existe el odio contra el mal».

El odio antirracista —dice— se justifica en la medida en que combate por la libertad, por la dignidad del hombre, el odio que quiere transformar una situación injusta e inhumana, que va a la busca de valores humanos. Sin embargo, «no debe constituir una postura definitiva; es sólo un paso en el camino hacia la liberación del hombre».

El odio colectivo «es una postura irracional que tiene su base en el miedo al otro y en la negativa a entablar con él una relación. Si una comunidad se enfrenta a otra, entonces el odio es total.» El odio injustificado es parte del ser animal que sobrevive en la naturaleza humana; es miedo inconsciente y, por ello, deseo de aniquilar al otro. Los orígenes del odio colectivo se encuentran, según Senghor, en la acumulación de represiones y prejuicios; uno se niega a observar algo objetivamente y, de esa manera, a evaluar un problema humano de otro grupo humano.

Aun admitiendo un odio justificado, afirma Senghor que el odio «no se debe emplear como instrumento propiamente político; así se agudizan los conflictos. Una política justa ha de saber despertar el odio a lo malo y el amor a lo bueno, el odio a la guerra y el amor a la paz, ya que el odio es destructivo. Por ello no debe dirigirse contra las personas. Sólo el amor es capaz de crear su objeto.»

Ha disminuído el peligro de odio entre europeos y africanos gracias a la descolonización. Pero el odio puede volver a brotar si no se emprende nada para hacer desaparecer el foso creciente que separa las partes ricas y pobres de la tierra. Si no se atiende a ello y no se soluciona el problema del empeoramiento de las relaciones económicas, «hay el peligro de que en lugar de la ley marxista de la lucha de clases aparezca el odio entre los países desarrollados y subdesarrollados». Interesa, pues, «ayudar a los países en desarrollo a tomar en sus propias manos su destino, pero con dignidad y abriéndoles el horizonte de un desarrollo recíproco y armónico». A su vez, Africa puede ayudar al mundo «mediante su sentido para el diálogo y el acuerdo conciliante, pues sus formas de vida llevan el cuño del espíritu de diálogo». Africa se representa en el desarrollo del mundo como una especie de simbiosis humana que supere las divisiones impuestas por bloques e ideologías. Sólo bajo estas circunstancias «podrá Africa contribuir eficazmente a la configuración de una cultura universal».

Al holandés Willem A. Visser't Hooft, secretario general del Consejo Mundial de las Iglesias y Premio de la Paz de los Libreros Alemanes, le parece peor que el odio la indiferencia del hombre frente al prójimo; lo que nos

falta —dice— es una imagen de la Humanidad. Es preciso organizar la Humanidad en una comunidad universal, es un *modus vivendi* universal. «Quien hoy día quiera vivir una vida digna de la persona humana ha de tomarse en serio la Humanidad»; y eso es lo que no hacemos, nos comportamos como si todavía pudiésemos permitirnos el lujo de vivir en sociedades nacionales estancadas en una época en que la Humanidad se ha convertido en una unidad de destino gracias a la bomba atómica, gracias a la civilización industrializada común, gracias a la política mundial. Hoy todo es política mundial.

La primera imagen de la Humanidad tiene su origen en la Biblia, en el Génesis. Grecia configuró más tarde otra imagen de la Humanidad. En el siglo XVII, en la época de la Ilustración, se soñaba con la Humanidad, pero la gente tenía que ver poco con ella. En nuestro siglo tenemos que ver realmente mucho con ella y nos comportamos como si no existiese. Pero «hemos de reconocer que la Humanidad es una comunidad y hemos de ver a nuestro propio pueblo dentro de ese marco, y no como un fenómeno aislado con una historia aislada». Si creamos condiciones de convivencia humana no habrá más odio. Si queremos la paz tenemos que ser constructores de la paz. Lo mismo del odio. Y si ya estamos hartos del odio que hay en el mundo, tenemos que crear condiciones de convivencia humana. El odio sólo puede ser superado si al hombre se le ofrece como meta de vida algo superior. «Como cristiano yo diría: una meta superior como finalidad de la vida que se nos ha dado con Cristo. Si yo dejo al hombre seguir sencillamente su camino, llevará una vida egoísta (y el odio existe porque el hombre es un ser egoísta) y será un ser nocivo a la Comunidad. Así, pues, tengo que ayudarle a incorporarse a la Comunidad para que supere la inclinación hacia el egoísmo.» La materia prima «hombre» es un ser lleno de amor. El amor hay que trasvasárselo.

El Consejo Mundial de las Iglesias, el Cuerpo de la Paz americano, el Servicio Cristiano de la Paz y otros movimientos están contribuyendo hoy muy eficazmente a conformar una nueva imagen concreta de la Humanidad.

Friedrich Wahlen, profesor de la Escuela Técnica Superior Federal de Agronomía de Berna y Consejo Federal Suizo, estima que en política el odio (que es «el fenómeno contrario al del amor») puede llegar a ser particularmente peligroso en forma de reacción colectiva; entonces se convierte, tanto en política interior como exterior, en «instrumento de arribismo para los ambiciosos y la gente sin conciencia», que fomenta el odio como medio para llegar a sus fines.

La Historia está llena de casos en que el odio ha sido conscientemente calculado y propagado (el odio secular contra los judíos, las guerras de religión, el exterminio de los armenios a fines del siglo XIX, el odio de razas y tribus en Africa —Nigeria, Sudán, Uganda, etc.—, los nacionalismos, etc.). To-

davía las ideologías están separadas por grandes diferencias, y aunque no hay duda de que en nuestra sociedad de bienestar se ha reducido algo los contrastes sociales y el odio de clases, en las zonas de economía atrasada pueden ofrecer rasgos muy acusados y las diferencias presentan características intolerables. «Si en algún caso se combinasen el odio racial y el odio de clases —de lo que parece haber síntomas en los Estados Unidos—, podrían abrigarse serios temores, pues la situación ofrece aspectos en extremo eruptivos.»

Pero la política se ha objetivado mucho; esa es la razón de que los programas de los partidos están convergiendo entre sí, es decir, porque fundamentalmente se trata de decidir sobre cuestiones concretas en materia de economía, de política social, de política científica, etc... Y si queremos desterrar el odio, tenemos que hallar los medios de comprendernos mutuamente sin necesidad de que unos tengan que eliminar prácticamente a los otros, física o espiritualmente. Claro que una cosa es el odio político, y otra es la crítica y oposición, elementos indispensables en la estructura funcional de la democracia.

La superación de las tensiones y del odio es un quehacer constante y a largo plazo. Wahlen lo caracteriza con una frase: «Educación al servicio de la Humanidad». Si buscamos instrumentos y vías para eliminar el odio de la política no podremos apelar sólo a una nueva especie de miedo o a la razón. Tendrá que efectuarse un cambio fundamental mediante la educación desde abajo, comenzando por la escuela y la familia, educando al servicio de una verdadera humanidad. Porque eso es lo que nos capacita a superar el odio.

Precisamente en nuestro trabajo, ya citado anteriormente, *Actualidad del pensamiento pacifista de humanismo estoico-renacentista español*, subrayamos cómo el problema de la paz había dicho Séneca, diría quince siglos después Luis Vives y repetirá en nuestros días el Concilio Vaticano II, es problema de los hombres «pacíficos» y de la buena voluntad de los hombres y de los Estados.

Pero la concordia de inteligencias y voluntades es fruto de la educación por la que desaparecerá en los hombres el oscurecimiento de las nociones del bien y de lo honesto. La educación de la voluntad es el dominio sobre las pasiones, mediante la cual se consigue la paz del alma. Y desaparecidas las causas de la discordia entre los hombres, desaparecerán el odio y la violencia y desaparecerán también las guerras públicas entre los pueblos, porque éstas derivan de aquéllas.

Significamos que este sentido pedagógico y educador de la concordia, base de toda paz privada y pública, hace que Séneca repudie los medios violentos para contener a los hombres, y considere como más apropiado para su reforma «una educación de la juventud desde su primera hora» (*De ira*, lib. I,

c. XXI). Y la educación de los jóvenes y de los gobernantes será uno de los medios que, como constante pacifista, veremos repetida en Vives y actualmente en la doctrina sobre la paz en el Concilio. Así, para Luis Vives, la paz ha de lograrse por la concordia de los espíritus, y la *concordia* se establece por la *enseñanza* y por la *educación* (especialmente en sus obras *De concordia et discordia humani generis libri quatuor* y *De subventione pauperum*).

La paz —dice el Concilio Vaticano II— no es una simple ausencia de guerra, ni el resultado del equilibrio de fuerzas o hegemonía despótica, sino «obra de la justicia» y «fruto del orden y del amor» entre los hombres. No es una cosa del todo hecha, sino en perpetuo quehacer (*una tarea ética*, decía Séneca).

La paz ha de nacer de la mutua confianza entre los pueblos y de la reforma de la propia mentalidad de los hombres —gobernantes y gobernados—. En nada les aprovecha a los que gobiernan —sigue diciendo el Concilio— trabajar en la construcción de la paz, mientras los sentimientos de la honestidad, menosprecio, desconfianza, odios raciales y las ideologías obstinadas dividan a los hombres y los enfrenten entre sí.

Por eso «es de suma urgencia proceder a una renovación en la educación de la mentalidad y a una nueva orientación en la opinión pública. Los que se entregan a la tarea de la educación, principalmente de la juventud, o forman la opinión pública, tengan como gravísima obligación la preocupación de formar las mentes de todos en nuevos sentimientos pacíficos» (*Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual*, párrafo 82).

El odio y la violencia, pues, quedarán superados si se considera la paz como un problema moral, ya que sólo por la conciencia, la educación, la buena voluntad y la virtud entre los hombres puede vencerse la discordia y conseguirse la paz.

EMILIO SERRANO VILLAFANE

R E S U M É

Nous vivons dans un monde habité depuis toujours par la violence, comme nous le prouve l'histoire de l'humanité et la société actuelle. Il y a cinquante ans, mourait un homme toutes les minutes, victime de la violence de ses semblables. Aujourd'hui un homme meurt toutes les vingt secondes pour la même raison. Il est nécessaire de déterminer les causes qui provoquent la violence humaine. Quelles sont les causes de la haine et de la violence entre les groupes, les hommes, les classes, les races et les peuples? Quels sont les effets de ces ruptures violentes? Une fois connues les causes et les effets, quels

sont les remèdes efficaces pour les éviter? Peut-on condamner par principe la violence?

Voici des questions de la plus grande importance et actualité qui attendent des réponses adéquates qui mettent fin à tant de désordre et démontrent que "le naturel" chez l'homme est la sociabilité et une pacifique vie en commun.

C'est ce que prétend étudier l'oeuvre récente d'Alfred A. Häslér, dans laquelle il soutient 21 entrevues avec des personnes ayant les positions les plus diverses dans le domaine idéologique, politique, racial et religieux; comme par exemple des théologues comme le Cardinal Köning et H. Gollwitzer; des politiciens et hommes d'Etat comme Léopold S. Senghor et C. Schmid; des historiens comme Friedrich Heer et Herbert Luthy; des critiques de la culture comme F. Marcuse et A. Mitscherlich; des dirigeants radicaux comme Wolfgang Lefevre; des théoriciens marxistes comme Ernst Bloch et Ernst Fischer; et des écrivains comme Max Frisch.

Les réponses sont des plus variées car leurs auteurs proviennent des tendances idéologiques les plus diverses. Mais il est heureux —et cela ne pouvait être autrement— qu'un dénominateur commun les unisse en général; un refus de la haine, un désir de vie en commun pacifique de la part des individus qui doit s'étendre aux groupes et aux races. Dénominateur commun qui trouve sa plus sublime expression dans le concept chrétien d'aimer ses ennemis, comme le souligne le Cardinal Franz Köning.

Cependant, et c'est un fait lamentable, la haine et la violence existent entre les hommes, et ce qui est pire encore, nous avons des prédicateurs de la haine et de la violence qui préconisent la révolution permanente. Existente également des réalisateurs violents de ces idéologies révolutionnaires. Mais la haine et la violence à l'époque de la bombe d'hydrogène et de la conquête de l'espace, ne sont pas les moyens adéquats pour construire une société plus humaine dans les Etats industrialisés et développés. Face aux prédicateurs de la violence nous trouvons les représentants de la raison, souvent incompris et violemment critiqués. Celui qui se meut selon les catégories haine et violence, se meut entre les mailles de la société même qu'il voudrait transformer.

Pour cela, l'action non violente, la lutte non violente contre le mensonge, l'injustice, l'oppression et l'exploitation est une véritable alternative, qui n'a rien d'un échec, contre l'histoire vécue jusqu'à présent, qui a été une histoire de haine et de violence. La lutte non violente n'est pas une invention de nos jours. "Mais elle n'a jamais été aussi actuelle, aussi réaliste, aussi possible et nécessaire qu'aujourd'hui". Elle a son origine dans la conscience d'une supériorité intellectuelle et dans la conviction qu'on ne peut donner forme à une société plus humaine avec des méthodes barbares. Cette lutte "est le porte-

parole d'une époque nouvelle, possible et humaine dans laquelle les conflits ne se résolvent pas par des manifestations et des bombes atomiques, mais par des moyens pacifiques à tous les niveaux... Cette lutte annonce des modes de comportement entre personnes qui sont arrivées à être de véritables personnes et qui ne pensent donc plus à se détruire mutuellement... La lutte non violente est jusqu'à présent la forme la plus sublime et la plus pure, et à long terme la plus efficace de toutes les révolutions. Non seulement elle transforme des structures sociales deshumanisées, mais aussi les hommes. Cette révolution ne se régit plus selon les étroites notions de race, de classe, de nation et de religion; elle agit de façon globale et raisonnable".

S U M M A R Y

We inhabit a world in which violence has always existed, as the past and present history of mankind show quite clearly. Fifty years ago, one man died every minute, the victim of his fellow-man's violence. Today one man dies every twenty seconds for the same reason. The causes of human violence need to be established. What are the causes of hatred and violence between men, groups, classes, races and peoples? What are the effects of these violent ruptures? Once we know the causes and the effects, can we find the remedies that would prevent them? Can we condemn violence on principle?

We have here a set of vital questions of special relevance today that urgently await adequate answers — answers capable of putting an end to so much disorder and show that the "natural state" of man is social harmony and peaceful coexistence.

It is this that Alfred A. Häslér has set out to investigate in his recent book. It includes twenty-one conversations with people of all kinds of ideological, political, racial and religious backgrounds: theologians like Cardinal Köning and H. Gollwitzer; politicians and statesmen like Leopold S. Senghor and C. Schmid; historians like Friedrich Heer and Herbert Luthy; culture critics like F. Marcuse and A. Mitscherlich; radical leaders like Wolfgang Iefevre; Marxist theorists like Ernst Bloch and Ernst Fischer; and writers like Max Frisch.

The answers are as various as the ideologies of their makers. But it is consoling to observe that the later are at least united by one common denominator: a repudiation of hatred, a desire for peaceful coexistence on the part of individuals which should be extended to groups and to races (some do not share it). And this finds its highest expression in the Christian concept

of love for one's enemies, as Cardinal Franz Köning, one of those questioned, emphasizes.

Nevertheless, one must sadly recognize that hate and violence exist among men; that, still worse, there exist preachers of hate and violence who prescribe permanent revolution; and that violent practitioners of these revolutionary ideas also exist. But hate and violence in the age of the hydrogen bomb and the conquest of space are inadequate means of building a more human society in industrialized and developed States. Aligned against the preachers of violence stand the advocates of reason, misunderstood and held up to ridicule though they frequently are. He who acts according to the dictates of hatred and violence is caught in the nets of the very society that he wishes to transform.

For this reason, non-violent action, non-violent struggle against deceit, injustice, oppression and exploitation represents a valid alternative —by no means doomed to failure— to the pattern of history up to the present, with its endlessly repeated hate and violence. Not that non-violent struggle is an invention of our times. "But never has it been so relevant, so realistic, so possible and so necessary as today." It is based on an awareness of mental superiority and the conviction that barbarous methods cannot give shape to a more human society. This struggle "ushers in a new, possible and human epoch in which conflicts will not be resolved with clubs or atomic bombs, but by peaceful means at all levels... This struggle introduces models of behaviour among people who have really come of age and consequently no longer think in terms of mutual annihilation ... Non-violent struggle is the highest, purest and —in the long run— most efficient form of revolution discovered until now. Not only does it transform dehumanized social structures; it also transforms men. Revolution of this kind no longer thinks in narrow terms of race, class, nation and religion; it thinks globally and reasonably. And it acts as it thinks.

